

# Psicoanálisis y silencio

## (o el silencio del psicoanálisis)

*María Inés García*

¿El psicoanálisis tiene aún palabra?... ¿tiene todavía algo que decir sobre los sujetos de hoy?... ¿de qué habla?... ¿a quién se dirige?... ¿quién lo escucha?... O bien, ¿sólo lo define el silencio?

Se quiere reflexionar sobre estos cuestionamientos y discurrir sobre el silencio, su significación y valor en todo discurso y muy especialmente en el psicoanalítico, ya que éste supo darle valor de habla al silencio, le otorgó significación, aunque en sí mismo es in-significante.

En una cultura como la Occidental, eminentemente verbal, el silencio remite a la mudez, a la falta de palabras, al vacío, a la nada, a lo no-significante, en definitiva a la muerte. (Dejaré de lado la concepción de silencio en las culturas orientales porque no estamos frente al mismo silencio...)

Sin embargo el silencio cumple una función primordial en el habla. Sería imposible su existencia sin la pausa impuesta por él. Sin espacios mudos se estaría ante un parloteo incesante que se integra en el ruido, privado de sentido y significación.

Sin el ritmo que impone la pausa no hay sentido alguno, ni tampoco significación. Es ese silencio entre palabra y palabra el que permite la comprensión, el entendimiento y el sentido mismo del habla. Aún más: en la relación de sujeto a sujeto, el habla exige el silencio del otro para que la comunicación sea posible. Ritmo poético entre silencio y palabra, entre hablante y su escucha, ritmo entre hablar y ser hablado.

La palabra *dice* si tiene como borde el silencio, ya que irrumpe desde la mudez. Cuando decimos "el silencio habla" —tomado literalmente es un sin-sentido— no es porque él, en sí mismo, hable, sino que hablan las palabras que lo contienen y rodean a su vez. El borde de la palabra es el silencio; de la misma manera, si el silencio habla es porque está bordeado por la palabra. El sentido surge en este juego rítmico entre silencio y palabra.

Al hablar aquí de silencio no se hace referencia a esa pauta silenciosa que provoca e incita la palabra; de la misma manera que no se habla de la muerte al hacer referencia a la sístole cardíaca que marca el fluir rítmico de la vida. El discurso como fluir no es más que un continuo rupturado rítmicamente, donde el silencio está presente como pulsación para marcar la emergencia de la palabra.

Si la palabra es un sonido robado al silencio para dar sentido, el silencio es primero o primordial.

Mirada desde esta perspectiva la cultura occidental aparece como el esfuerzo denodado de la humanidad por arrebatar la materia del silencio: nombró los objetos, los separó y diferenció; nominó las relaciones entre ellos, dio palabras que tradujeron esas relaciones y la relación de los sujetos con los objetos; al igual que nominó los sentimientos que provocaban. El esfuerzo de la cultura fue hacer del mundo, de la materia, prosa y también poesía.

El despertar de la humanidad va unido al surgimiento de la palabra a su capacidad de sacar la materia del silencio y éste se fue transformando lentamente en pausa entre palabra y palabra, pero siempre estuvo y estará presente, fraccionariamente presente, en un juego incesante por robar vida a la muerte.

El silencio al que se hace referencia no es la pausa silenciosa entre palabra y palabra, ni tampoco ese silencio primordial del que emerge la palabra como acto de fuerza, de poder y de vida, sino que se habla del silencio como ese "mal" que asola la cultura occidental, ese retorno a un segundo silencio (tal como poéticamente lo denomina Steiner), ese viaje de regreso a la mudez, no ya primordial sino a una mudez más aterradora aún, ya que la cultura, hoy, ha comenzado un nuevo viaje hacia un nuevo silencio después de haber conocido la palabra y es ella, la palabra misma, en su exceso o en su defecto, quien nos conduce (pareciera irremediabilmente) a ese "segundo" silencio.

Freud en 1920 se dio cuenta de este proceso referido al sujeto y pensó en este retorno en *Más allá del principio del placer* al introducir en su discurso la pulsión de muerte, el retorno al silencio, el imperio de la pálida mudez. Y con esta frase se ha producido el deslizamiento a otro de sus textos de incomparable belleza poética, *El motto de la elección del cofre* (1913), donde equipara silencio y muerte.

Este proceso de retorno sobrepasa al sujeto y utilizando el mito freudiano (salir de lo inanimado para realizar un recorrido que no es más que un retorno inexorable a él en un intento compulsivo de

reencuentro) y pensando a la cultura occidental analógicamente a través de este mito, en su esfuerzo por salir de la mudez, en la construcción de la palabra y el discurso, en la búsqueda incesante del sentido y de la verdad, se podrían, manteniendo este relato como marco, establecer cuatro momentos a partir del siglo XIX que den cuenta de la vuelta o el retorno al segundo silencio.

### **Primer momento**

Los discursos buscan y reafirman la univocidad de sentido enmarcados en una lógica binaria: arriba/abajo; bueno/malo; verdad/mentira; real/imaginario; derecha/izquierda; sano/enfermo; bello/feo... pares antitéticos que adquieren sentido uno en relación al otro, cada uno es definido por su contrario, uno existe por su oposición al otro. El discurso se ubica en uno de los términos o bien en el otro, sólo tiene una dirección considerada como única y verdadera, otorgándole carácter de mentira y error a su contrario.

Este discurso realiza la *traducción* de la verdad y de lo real. Para él, lo real y lo verdadero se hallan fuera de la palabra, de allí que el discurso tendrá como función traducir lo que se encuentra más allá de ella.

### **Segundo momento**

La palabra es objeto de reflexión, se comienza a elaborar un discurso sobre el discurso, sobre lo que éste dice y sobre lo que calla y se acepta que las palabras dicen por encima del sujeto hablante, es a través de ellas que el mundo de la cultura irrumpe en el sujeto.

El discurso pierde univocidad, tiene en cuenta la bi-direccionalidad del sentido, no hay un único sentido sino que el sentido es doble, afirmar es también negar, detrás de la verdad que se afirma hay otra verdad que se niega.

El discurso nietzscheano es ejemplar de este momento ya que pone en duda el valor inalterable de concepciones tales como el bien y el mal, las cuales dependen del lugar en que se ubica el hablante, descubriéndose que el discurso ya no traduce una verdad que se halla fuera de él, sino que cada discurso está habitado por una voluntad de verdad.

La verdad como única comienza a tambalearse, se relativiza, se historiza. No hay verdad, sólo "verdades". Ya no se la traduce sino que el discurso induce al sujeto a adoptar una verdad cruzada por la precariedad.

El discurso freudiano se inscribe principalmente en este momento, algunos textos de Freud lo hacen más evidentes que otros, así en su escrito *De la Negación* muestra que el sujeto, al negar conscientemente, está afirmando los contenidos de su inconciente, es sólo a través de la negación que el inconciente hace su aparición en el plano de la conciencia. Cuando el sujeto niega la sospecha cunde, ya que negar es afirmar.

El sujeto está escindido, habitado por dos lógicas: la consciente y la no-lógica del inconciente; por dos tiempos: el cronológico del consciente y el sin-tiempo del inconciente.

El discurso psicoanalítico es de un valor incalculable desde el punto de vista de la cultura, ya que rompe definitivamente con la concepción de un yo soberano, racional y pensante.

### **Tercer momento**

Aquí las significaciones y los sentidos se multiplican, proliferan los discursos produciéndose entrecruzamientos múltiples, se constituye una intrincada red discursiva en que cada punto de cruzamiento se convierte en la posibilidad de múltiples bifurcaciones, cada punto provoca e incita al desvío, a la duda, a la deriva y al desvarío.

Este estadio no sólo pone en duda, una vez más, la unidireccionalidad sino también el discurso del momento anterior que intentaba afirmar y negar al mismo tiempo y a la vez. No sólo puso en duda y destruyó la *doxa*, sino también la *paradoxa*.

Cada palabra, cada enunciado podría ser uno y múltiple, capaz de acoger todos y cada uno de los sentidos posibles, no sólo detenta la verdad y la mentira conjuntamente sino también todas sus posibilidades intermedias. El sentido es dado por el contexto en que se habla y allí y sólo allí puede darse. La significación ha sido desintegrada y se separa del sentido, el cual se inscribe en la singularidad del sujeto en cada acto de habla.

Es el momento de la proliferación de los lenguajes privados, de los juegos de lenguaje, del deslizamiento constante, del primado del

significante sobre el significado, de lo sintagmático sobre lo paradigmático.

Se perdió no sólo la verdad sino también las verdades parciales y precarias; ya no se la busca como objetivo, adquiere valor de ficción, de narrativa literaria. No será más que una novela sobre el mundo, los sujetos y sus relaciones.

Ya no son más los sujetos quienes dominan la lengua sino que es la lengua la que domina a los seres, los conforma, los marca, los hace pensar, hablar, decir, actuar, desear, amar y odiar.

Sólo a través de ella será posible acceder a lo real. La realidad tiene existencia en tanto puede ser aprehendida por el lenguaje, pero siempre queda un plus inaccesible. Es el límite de la palabra en el proceso de nominación, la escasez de la letra para llegar a asir a la materia que todavía no ha hablado suficiente, que sigue habitada por el silencio tenaz.

Este plus inaccesible es lo inefable, aquello que no puede nombrarse, punto ciego, hoyo negro donde las palabras no llegan, donde evidencian su impotencia, donde encuentran su muerte.

El discurso ahora ya no traduce la verdad, tampoco induce a una verdad, sólo hace alusión a una verdad que no es más que silencio, terca mudez que no dice nada.

#### **Cuarto momento**

La pérdida de los centros axiales en el pensamiento y del referente de los discursos, ese inevitable alejamiento entre las palabras y "las cosas", provoca la fragmentación del sujeto y también de sus discursos. Todo decir dice "eso" que literalmente dice, "aquello" que no dice pero que puede significar y toda la gama de posibles significaciones conocidas por parte del escucha.

El discurso se hace puro fragmento, un deslizamiento continuo que rompe con la lógica racional, una ruptura de la significación, una pérdida del sentido, en suma un parloteo incesante, una repetición insensata y machacona de frases hechas, lugares comunes, una continua elusión de la verdad. La búsqueda de la verdad ha sido definitivamente eludida por imposible.

Este proceso nos conduce a ese viaje de vuelta hacia el segundo silencio. La palabra hoy está bordeada por una pausa silenciosa más profunda y extensa. El silencio es lo que escuchamos, pero ya no dice,

o mejor, dice la nada. Se pierde la palabra, sea por un silencio extenso que la bordea, o bien por un exceso de palabras sin ritmo que se integran al ruido.

El discurso psicoanalítico no escapa de este proceso, se inicia como tal en el segundo momento, donde podemos ubicar la letra de Freud, y continúa, por medio de algunos de sus desvíos, en el tercer momento, en el que puede inscribirse la obra de Lacan, para caer hoy en el cuarto momento, en ese camino del retorno al silencio.

El discurso psicoanalítico quiso traducir “la verdad” del sujeto, pero al ser un discurso de la sospecha, esa verdad se escondía y por más que quiso encontrar un referente material que diera cuenta de ella, sólo pudo inducir a una verdad, a esa verdad que cada sujeto crea, de allí que aludió a todas las verdades posibles del sujeto, a todas sus narraciones y cuentos sumergiéndose definitivamente en la ficción y por ella (y a través de ella) logró la eficacia, pero perdió autoridad.

El discurso psicoanalítico no ha tenido ni tiene en cuenta, más que superficialmente, el ejercicio del poder que marca a todo discurso igual que a toda relación.

“Hablar es peligroso” nos dice Foucault en *El orden del discurso*, al mostrar las diferentes estrategias de poder, a partir del siglo XIX en Occidente, para conjurar los peligros del habla. Puntea, uno a uno esos mecanismos que persiguen neutralizar todo lo disruptor que un discurso pueda tener, de allí la obligatoriedad de seguir un orden para ser entendido, aceptado y no silenciado.

Esta reflexión sobre el silencio lleva a pensar que han aparecido, en los últimos años, nuevas formas de conjura, que no sólo neutralizan lo peligroso sino que intentan conjurar el discurso, el habla en sí. Daría la impresión que la estrategia no tiene otro objetivo que conducirnos calladamente al silencio: enmudecer el habla, suspender la demanda, eliminar toda voz que resuene más allá del tenue murmullo que apenas dice y cuyo decir se inscribe con facilidad en el olvido.

Uno de los mecanismos es la tendencia a la popularización de los discursos que busca resumir un pensamiento con una frase que se esgrime como síntesis del mismo, perdiendo el discurso todas sus posibilidades de incitar el pensamiento. Se diluyen sus sutilezas haciendo imposible la reflexión y se deteriora el pensamiento por una simplificación del lenguaje y por su degradación a través de frases hechas obturadoras de la reflexión.

Todo ello lleva la marca de un profundo autoritarismo y el discurso es silenciado en su degradación sistemática.

Nietzsche es resumido en la frase Dios ha muerto que pretende sintetizarlo; Foucault es conocido por la fórmula Saber es poder, o bien El poder atraviesa los cuerpos; Freud pretende ser leído en el slogan *En el complejo de Edipo*, que organiza la sexualidad, está la verdad del sujeto; y a su vez Lacan pretende ser conocido en la frase *El inconciente* está estructurado como un lenguaje o *El deseo es el deseo del Otro* (sin estar muy seguros si es con mayúsculas o minúsculas).

Estas fórmulas, slogans, frases hechas, lugares comunes son repetidos incansablemente y matan la posibilidad de una lectura viva de esos discursos que tienen, en sí mismos, elementos disruptores que harían posible entrar en ellos por un desvío, por una bifurcación, aumentando, de esta manera, el acervo del lenguaje, su sutileza y la capacidad de generar discursos cada vez más elaborados que facilitarían el fluir del pensar social.

Esta táctica tiende a conducir los discursos hacia el silencio al adelgazarlos hasta el extremo de convertirlos en una frase y hacerles decir cada vez menos, a producir con ellos slogans que mantienen a los sujetos en la ignorancia. Estrategia de gran eficacia en los medios de comunicación y en las instituciones académicas, donde la superficialidad, la detención en la frase hecha lleva a acallar el habla. Es ésta la mejor manera de cercar el pensamiento haciéndolo inocuo. El discurso está herido de muerte por las mismas instituciones que tiene como objetivo explícito su difusión y desarrollo y, sin embargo, su práctica logra hacerlos enmudecer.

Este silencio socava también al discurso psicoanalítico que se ha ido convirtiendo en un cúmulo de frases hechas, especie de recetario, un cómo hacer y cómo ubicar a los sujetos en esquemas que carecen de toda sutileza, olvidándose de la historia singular de cada sujeto.

La "fiesta" del pensamiento desaparece para hundirse en la ignorancia "erudita", transformando a todo discurso en esquemático, superficial y vacío: en letra muerta.

El segundo mecanismo es una continuación del anterior, los fragmentos descontextualizados de los discursos son repetidos de manera mecánica y, en cada repetición, una palabra se pierde, un enunciado se esfuma, un deslizamiento le hace decir lo que nunca hubiera podido ser dicho.

Este proceso, llevado a niveles compulsivos, se vuelve un parloteo vaciado de sentido y de significación, se integra al murmullo, al ruido: paso previo del silencio.

El hombre y la mujer de hoy se hallan inmersos en un mundo que se ha reestructurado de manera rápida y contundente. Todo el planeta ha sido integrado a un proyecto universal del cual se desconocen sus justificaciones teóricas porque pareciera que ya no interesan, pero que, sin embargo, todos vivimos y sufrimos sus efectos. Así muchas de las prácticas sociales se presentan como "prácticas ciegas" porque los discursos justificatorios no aparecen. Al hombre y a la mujer actual los asalta la incomprensión y también la indiferencia, en tanto que las estrategias de poder conducen y orientan las conductas de esos sujetos, aplacando y sofocando, sin demasiado esfuerzo, todo acto de habla, haciéndola inocua a través de la frase hecha, del slogan o bien integrándola al parloteo.

Todavía el ritmo muestra el fluir, no ya del silencio y la palabra sino del silencio y el grito, grito de protesta que es ahogado, taponado y sería necesario preguntarse sobre el futuro de ese grito y por la existencia de alguna posibilidad, aunque mínima, en que ese grito pudiese articularse en palabra, en gesto, en acción, en movimiento.

Pensamos que el discurso psicoanalítico no tiene en cuenta esta serie de problemáticas alrededor del silencio y del nuevo tipo de subjetividad que se conforma en Occidente, y ello porque ese discurso habla de un tipo de sujeto sin actualidad y de un medio social ya histórico.

¿Qué nos mueve a desear que este discurso diga lo que ya no puede decir sobre el hombre y la mujer de hoy?

El discurso psicoanalítico forma parte ya de la arqueología del saber occidental, es letra muerta, cayó en el silencio por no estar inmerso en el tiempo y porque estrategias de poder contribuyeron a enmudecerlo.

Existe una tendencia que mantiene el deseo de remozarlo, rejuvenecerlo y darle nuevos bríos, pero esto exigiría construir un discurso-otro donde ciertos elementos podrían integrarse en un nuevo discurso, siendo refuncionalizados por él a la manera en que la alquimia se integró a la química; el análisis de las riquezas a la economía política; la gramática a la lingüística...

¿Por qué queremos mantener vivo a un muerto? ¿Cuáles son las estrategias de poder para desear mantenerlo vivo? ¿Será quizá que los



restos de este discurso aún avalan una práctica que se difunde en sociedades como las nuestras descontroladamente? Entrar en el análisis de esta práctica, más allá de la anécdota y la denuncia. Aparece como tarea urgente.

No se quiere indicar con esto que se debe abandonar el discurso psicoanalítico en el olvido, se contribuiría de esta manera con la estrategia de poder que nos induce a un viaje de retorno al silencio y a la muerte. Leamos el discurso psicoanalítico en extensión y profundidad, ya que forma parte del acervo cultural de la humanidad, del monto de saber al que se debe echar mano para imaginar, crear y pensar.

Leamos con pasión, fruición, deleite y aún pavor, a Freud, a Melanie Klein, a Lacan, a Julia Kristeva y a tantos otros que forjaron y desarrollaron este discurso y, además de esta lectura, escuchemos con profunda desconfianza y con repulsión "militante" todo slogan, toda frase hecha, todo lugar común... todo ese cúmulo de erudita ignorancia.

Leamos este discurso con la misma pasión que nos provoca leer a Platón, a Proust, a Spinoza... a todos aquellos que nos donaron la palabra como herencia a defender.

### **Bibliografía**

- Freud, S., *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*. Amorrortu, España, 1976.  
 Freud, S., *De la Negación*, en *op. cit.*  
 Freud, S., *El motivo de la elección del cofre*, en *op. cit.*  
 Foucault, M., *El orden del discurso*, Tusquet, España, 1983.  
 Steiner, G., *Lenguaje y Silencio*, Gedisa, España, 1990.